

¡PA MIQUE LLUEVE!

Pagamos UNA PESETA por cada chiste, cuento ó epigrama que se nos remita y publique. A cada uno se condonará gratuita su suma de un cupón.

CHIRICOTAS

Cupón para nombres y señas

Se desea cobrar ó no

Para cobrar originales, de cinco á siete de la tarde.—El pago caduca á los tres meses.

Nuestro Almanaque.

En el próximo mes aparecerá el

Almanaque

de MONOS

que indudablemente será tan sugestivo ó más que los de años anteriores.

En el que estamos imprimiendo para 1908 figurarán originales literarios de

A. R. BONNAT.—CARMEN DE BURGOS (*Colombine*).—LEOPOLDO CANO.—ANTONIO CASERO.—L. Y A. CANDOLA.—GONZALO CANTO.—SINESIO DELOADO.—JOSÉ DOZ DE LA ROSA.—LUIS FACALTO.—JOSÉ FRANCÉS.—FRANCISCO FLORES GARCÍA.—ÁNGEL DE LA GUARDIA.—MANUEL LINARES RIVAS.—CARLOS MIRANDA (*Un Reporter*).—RAMIRO MESTRE MARTÍNEZ.—CARLOS OLONA DI FRANCO.—MIGUEL DE PALACIOS.—GUILLERMO PERRIN.—JOSÉ SABAU.—FERNANDO SALAZAR.—MANUEL SORIANO.—JOSÉ MARIA SOLÍS.—LUIS DE TAPIA.—PÉREZ CAPO, X X, etc., etc.

y una porción de epigramas, cantares, cuentos y chirigotas.

Ilustrarán nuestro Almanaque numerosos dibujos cómicos de

ARVERAS.—ALMOGUERA.—FAUNO.—BLAS.—BENIGNO.—MICO.—PLAZA.—KARIKATO.—MÁRQUEZ.—M. ALVAREZ.—RAMÍREZ.—ROBERT.—VILLAR Y TUR.

100 páginas.—Cubiertas en oro.

PRECIO:

50 cts. en toda España.

4.537.—Telegrama célebre:
Se puso: «Tu padre vino con Pacho y se fué á la Maya».
Se recibió: «Tu padre vino borracho y se fué canalla».—*J. M. Blázquez de Pedro.*

4.538.—Entre amigos:
—Apuesto un duro á que me constatarás que no á la pregunta que voy á hacerte.
—Va apostado.
—A propósito. ¿Puedes prestarme diez pesetas?
—¡Ah, eso no!
—¡Pues venga el duro! Has perdido la apuesta.—*Torbio López.*

4.539.—Hablaban en un café tres amigos de varios casos de longevidad.

—Yo tuve un tío—dijo uno—que murió á los ciento ochos años.

—Pues yo—replicó otro—puedo decir que mi abuelo paterno murió de ciento once años.

—Eso no es nada—añadió el tercero—; en mi familia aun no se ha muerto nadie.—*Melchor Gómez.*

4.540.—Un perro perseguía con sus ladridos á un gitano siempre que lo encontraba.

Entre asustado y burlón, cierto día en que el can le perseguía más que de costumbre, el gitano se detuvo, y encarándose con el perro, le dijo:

—¡Animalito, como me sigas ladrando te voy á matá con un farso testimonio!

Pero el perro, como era natural, siguió ladrando, sin hacer caso de las amenazas del gitano.

Entonces éste, dando grandes voces, principió á decir:

—¡Cuidado, señores, con ese perro, que está rabioso!

Todo el mundo entonces cayó sobre el desdichado animal, rematándole á palos y pedradas.—*Domingo Fernández.*

4.541.—Entre niños.
Un niño y una niña se prodigan las frases más injuriosas.

—¿Qué es eso, bribones?—exclama su madre al oírlos.— ¡Dónde habéis aprendido ese lenguaje tan soez? ¡Por qué reñís así!

—No hagas caso, mamá. Es que jugamos á marido y mujer, y nos repetimos las cosas que papá y tú os llamáis todos los días.—*Emilia García.*

4.542.—Entre amigos:
—¿Puedes prestarme veinte duros? Hoy no los necesito todavía.

—Pues, ¿por qué me los pides?
—Hombre, siempre que los he necesitado me has dicho: «Si me los hubieses pedido ayer hubiera podido servirte». Esta vez, por consiguiente, te los pido el día antes.—*Heliodoro Gutiérrez.*

4.543.—Visjando en ferrocarril pregunta un extranjero á un español:

—¿Hará usted el favor de decirme qué edificio es aquel que tiene tantos pinos?

—Aquel es un cementerio—le respondió el español.

—Y ¿tiene estación de parada?
—Precisamente estación, no; pero que allí hacen una parada muy larga muchos viajeros, no tiene duda.—*Bruno Irigoyen.*

4.544.—Una buena mujer, á quien su marido, zafio aguador, estaba arrimando una paliza en la calle, alborotó el cotarro, acudiendo á los gritos un guardia de Orden público, que de un empujón echó al aguador á rodar por la acera, y cuando se disponía á cogerle el garrote, exclamó, furiosa, la apaleada:

—Oiga usted, so guindilla, ¿quién le mete en cuestiones de matrimonio! Mi marido me pega porque le da la gana y porque puede... ¿Está usted?

Y le soltó una bofetada.—*Gamersindo Nieto.*

4.545.—En una fonda.
—¿Dónde va usted después de comer?

—A suicidarme.
—¿Qué atrocidad! ¡Y yendo á matarse ha tonido usted apetito?

—Es que necesitaba comer fuerte. Pienso tirarme desde una torre muy alta, y no quiero perecer de hambre en el camino.—*Antonio Cabanillas.*

4.546.—Gedeón, que no tiene familia, pasó solo el día de Año Nuevo.

Al llegar la noche llama á la puerta de su casa un amigo, y al verle aquél le dice:

—¡Cuánto me alegro de tu visita! Todos me han abandonado, y no ha habido ni un imbécil que haya venido á verme. ¡Tú eres la única excepción!—*Florentino González Jiménez.*



Oficinas: Silva, 41, 43 y 45. Apartado postal núm. 359.

Precio de suscripción: 1,25 pesetas trimestre (13 números); 5 ptas. año (52 números).
Extranjero, 8 francos año.

Anuncios: Pídanse tarifas.

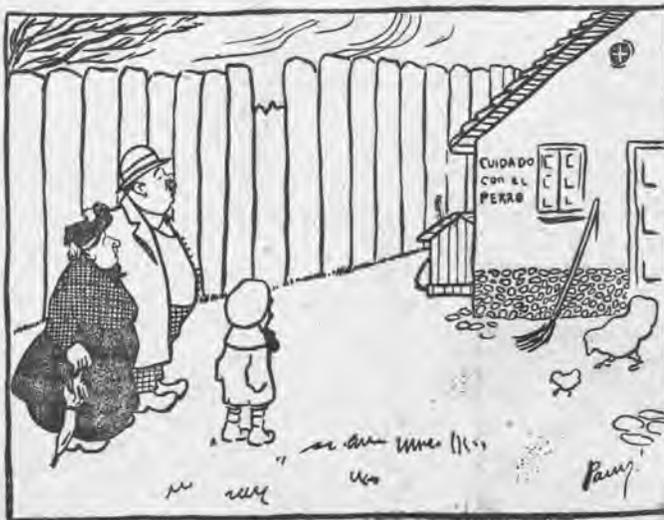
No se devuelven los originales.

AÑO IV

MADRID.—Sábado 23 de Noviembre de 1907.

NUM. 155

OPINIÓN RAZONABLE



—¿SABES QUE EL PERRITO DE ESTA CASA DEBE SER DELICIOSO PARA CUANDO LLEGUE UN CIEGO?



—Yo lo que quiero es que la compañía me resulte baratita.

—De eso yo me encargo; ya sabe que siempre suelo escaparme antes de la primera nómina.

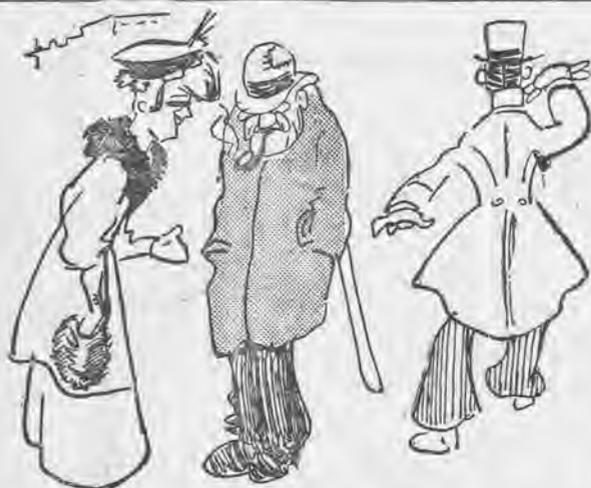


—¿No te has encontrado nunca en un desastre ferroviario?

—Sí; una vez en un túnel, que di un abrazo a una joven.

—Y ¿qué pasó?

—Que fui víctima de una denuncia y de un multazo terrible.



—Yo, papá, quisiera un navio como el pollo que va por ahí.

—Ese tiene muchos vuelos, y no nos conviene.



El dentista. —Vamos a ver, ¿qué es lo que le duele a usted más?

El paciente, desesperado. —Soltar el duro que me va usted a pedir.



—Niña, ¿qué haces aquí? Ya te voy viendo en cinco habitaciones.

—Es que ha dicho el médico que me conviene cambiar de aires.



—Creo que me marca la mar... la mar de ron que he tomado.



—¡Ande usted, granuja, á la comisarial! ¿Por qué ha robado la sortija del escaparate?
 —Señor guardia, es que tenía un cartelito que decía: «De ocasión».



—Como favor excepcional podré darle mil pesetas.
 —¿Y qué debo firmar?
 —Cinco mil.



—Y á usted, señorita, ¿le gusta la musica?
 —Sí, señor; toco el piano cuando no hay gente.
 —¿Por qué?
 —Porque cuando hay gente no me permiten tocar.



—Es lo que hay de más fantasía; los cuadros han desaparecido por completo, y lo que domina son las listas grandes.
 —¿Es usted lotero?



—¿Tú no me has visto haciendo *El puñal*?
 —Ahí Pero, ¿es que ahora te has metido á armarlo?



—Bueno; ya sabes que mañana me marché fuera para tres meses. ¿Me olvidarás?
 —Descuida, mujer, precisamente tengo una novia que parece tu retrato.

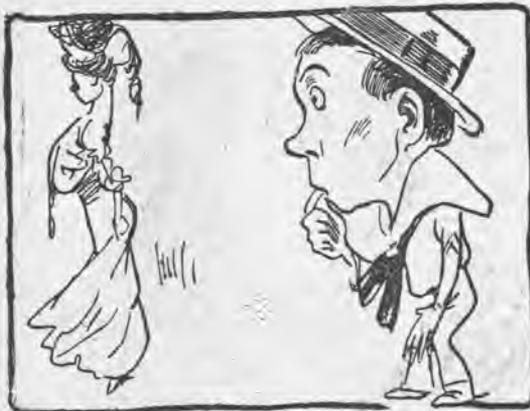
¿Cuál de las Bellas Artes le gusta á usted más?



A mí la Poesía.



A mí la Música.



A mí la Escultura.



Y á mí... la Pintura.



Venia á ver al conde, por si me colocaba...
 - ¡Oul El señor conde está para que le coloquen.

medio de la choza tres carneros y un novillo degollados. Parecía que éstas eran las víctimas destinadas para el sacrificio; que aquellos tres hombres eran los sacerdotes, y que los diecisiete miserables que había encontrado prosternados habían ofrecido los cuatro animales á aquel tronco y le dirigían sus súplicas.

Bien pronto mi imaginación se enfureció: dirigí mi caballo directamente al ídolo ó al monstruo, como quiera llamáresele, y de un sablazo dividí su gorro en dos; al mismo tiempo uno de los nuestros, que se hallaba en mi compañía, cogió la piel del carnero que cubría al ídolo y la arrancó, y al momento una espantosa gritaría se elevó en la población, y doscientos ó trescientos individuos, armados de arcos y flechas, nos estrecharon tanto, que me conté por muy dichoso de poder escapar, mas prometiendo hacerles bien pronto otra nueva visita.

Nuestra caravana descansó tres días en la ciudad, que estaba cuatro millas de aquel paraje, á fin de procurarse algunos caballos, de los cuales teníamos necesidad, porque muchos de los nuestros se habían espropeado con motivo de los caminos tan malos y por nuestra larga marcha á través del último desierto.



samos un sitio bajo y pantanoso, rodeado, como un parque, de una muralla de piedras amontonadas, sin argamasa ni cal, y custodiado por un piquete de soldados chinos.

Después de haber elegido el camello y haber dado su precio por él, me volví con el chino que había traído conmigo, y que conducía el camello, cuando de repente se presentaron cinco tártaros á caballo; dos de ellos se apoderaron del chino y le quitaron el camello, mientras que los otros tres se lanzaron sobre el viejo piloto y sobre mí, viendo que estábamos, por decirlo así, sin armas, pues yo no tenía más que mi espada, defensa muy débil contra tres hombres á caballo. Sin embargo, el primero se detuvo al verme tirar de la espada, porque son muy cobardes; mas el segundo, atacándome por la izquierda, me dió tan fuerte golpe en la cabeza, que caí al suelo sin conocimiento, de modo que cuando volví en mí no sabía dónde me hallaba. Pero mi fiel piloto, por una de las casualidades que la Providencia dispone para sacarnos de peligros imprevisitos, llevaba una pistola en su bolsillo. El anciano, viéndome caer, se adelantó valerosamente hacia el que me había herido, y cogiéndole el brazo con una mano, con la otra le obligó á bajarse hasta él, disparándole en seguida un pistoletazo en la cabeza, de cuyas resultas le dejó tendido en el mismo sitio; en seguida, sin perder momento, corrió hacia el que se había parado delante de mí, como ya he dicho, y antes que hubiese dado un paso más, le tiró un tajo con una especie de sable que llevaba siempre al lado; pero no alcanzó al hombre, y sí al caballo, al cual le llevó una oreja, haciéndole una profunda herida en la cabeza.

El pobre animal, furioso por el dolor, no se dejó ya guiar por su jinete, y se lo llevó, aunque éste permaneció muy firme en la silla hasta que el piloto lo perdió de vista; pero un poco más lejos el caballo se encabritó de tal modo, que al fin tiró al tártaro. En este intervalo el chino se unió á nosotros, habiendo perdido su camello, y desprovisto de armas. Sin embargo, cuando vió al tártaro arrojado de su caballo, corrió ha-

cia él, se apoderó de una especie de bacha que llevaba al lado, y arrancándosela, se sirvió de ella para hacerle saltar el cráneo. Mi valiente anciano tenía aún que despauchar al tercer enemigo. Viendo que no huía, según lo había esperado; que no se disponía tampoco á combatir, como podía temerlo, sino que, por el contrario, permanecía inmóvil, mi viejo portagués se vió en necesidad de cargar de nuevo su pistola. No bien el tártaro lo hubo percibido, cuando, en el instante mismo, volvió grupas, dejando al valiente marino, mi campeón, según



después lo llamaba, dueño completamente del campo.

Después de haber abandonado á Naum, tuvimos que atravesar muchos ríos caudalosos y dos espantosos desiertos, de los cuales uno solo nos costó dieciséis dias de camino en un país que, según he dicho, no pertenece á nadie; y, por último, el 13 de Abril llegamos á las fronteras de las posesiones moscovitas. Creo que la primera plaza ó fortaleza, como quiera llamarse, perteneciente al czar, se llama Arguna, á la orilla de la ribera occidental del río de este nombre.

Después del río Arguna seguimos adelante á pequeñas jornadas.

En un lugar situado cerca de Norkaustsky tuvo la curiosidad de ir á examinar el modo de vivir de las gentes del país, siendo de la más atroz brutalidad. Según parecía, aquel día tenían que hacer un grande sacrificio, pues vi sobre el tronco de un viejo árbol un idolo de madera tan feo como el mismo diablo, á lo menos como generalmente lo representan: su cabeza no se parecía á la de ninguna de las criaturas vivientes;

sus orejas eran tan largas como los cuernos de un macho caribrio; sus ojos, del tamaño de una corona (pieza de moneda inglesa); la nariz, corva como el pico de un loro, y la boca, abierta en forma de cuadrilátero, como las fauces de un león; y, por último, con unos dientes horribles, por el estilo de los del jabalí. Estaba vestido de la manera más horrorosa: el vestido superior era de piel de carnero con la lana por fuera; tenía la cabeza cubierta con un gran gorro tártaro, por debajo del cual salían dos grandes cuernos; su altura era de cerca de ocho pies, pero carecía de piernas y de pies, y no tenía ninguna especie de proporciones. Dicho antropájto estaba colocado fuera del lugar, y cuando me aproximé, vi dieciséis ó diecisiete individuos, hombres ó mujeres, pues no podía distinguirlos, porque todos iban vestidos lo mismo, prosternando el rostro contra el suelo, alrededor de aquel formidable é informe pedazo de madera; estaban inmóviles, lo mismo que su idolo, pero cuando me acerqué más, se levantaron, arrojaron una especie de ruido parecido á los ladridos de una jauría, y se alegraron como incomodados de haber sido turbados.

A alguna distancia del idolo, á la puerta de una tienda ó cabaña hecha de pieles de carnero ó de vaca, estaban tres carniceros; á lo menos debí creer que aquella era su profesión, pues aproximándome vi en sus manos largos cuchillos, y en



CAPÍTULO IX

Escena en casa de doña Luz, ó una hecatombe
en dos minutos.

La escena sucede en la casa que en días más felices fué habitada por el zapatero y su *Dulcinea*. Personajes: éstos dos y el «apariño», vulgo novio, ó... amante de doña Luz. Es de noche, y, *sin embargo, lluvia*.

«NICE» (llamando á la puerta, con un miedo más grande que un gabán de D. Alberto Aguilera).—

¡Tilin, tin, tin! (Al escuchar el sonido de la campanilla, se dice, lacrimoso): ¡Es la mis-
ma que compré yo en el Rastro, por dos
pesetas, hace seis años!

EL «SOCIO» QUE VIVE CON DOÑA LUZ (desde dentro y con voz ronca).—¿Quién es?

«NICE».—Un ser arrepenitado.

EL «SOCIO» (abriendo la puerta).—¡Caballero!

«NICE».—¿Eh? (extrañándose de ver al socio en aquella casa). Pero, ¿no vive aquí doña Luz Ca-
rambola y Tonelete?

EL «SOCIO».—Sí, señor... Pase usted.

(Pasaron á la sala que Cachorro habia dejado días atrás; todo estaba igual. Se sentaron frente á frente, y, mientras liaron un pitillo, cambiaron unas palabras.)

«NICE».—Usted (fué á la primer persona que no se atre-

un poco y me tome una copita de aguardiente de Cazalla, os diré algo más, que ha de interesaros mucho; que os ha de servir para saber si un vino es malo ó bueno; si tiene composición ó no; si alegra ó causa desazón: para terminar, una porción de cosas que podréis aprovechar para en lo sucesivo... Ya lo sabéis, amigos míos, viejos y jóvenes, «jóvenes y viejos», altos y bajos, gruesos y delgados, rubios y morenos, casados y solteros, el *morapio* es un líquido que cae en el estómago mejor que Romanones en cualquier ministerio; sin el vino no podríamos vivir... He dicho. ¡Yo tengo talento!...

—¡Lo que tú tienes es una *cogorza* descomunal!—dijo uno de los allí presentes, sin que Nice se apercibiera, pues en aquel instante el «insigne» remendón era objeto de calurosas muestras de entusiasmo.

¡Qué de aplausos! ¡Qué de vivas! ¡Qué de borrachos había allí, señores!



CAPÍTULO VIII

Lydia le canta las cuarenta.

La «desdichada» nodriza, que estaba dominada por el amor á los billetes de cinco duros que creía que iba á conseguir guardar al arimarse á *Cachorro*, se desengañó por completo de poder alcanzar algún beneficio al lado de su adorador de pega, y entonces, de acuerdo con su tía, dispusieron mandar á *Nice* más allá del Parque del Oeste, como, en efecto, así lo hicieron el mismo día que se les pasó por la imaginación tal idea.

Sucedió que aquella noche llegó *Cachorro* á casa de Lydia á cenar, como de costumbre, y á poco de subir unas cuantas docenas de escalones y de llamar á la campanilla, se le presentaron por el ventanillo Lydia y su tía, diciendo:

—¿Quién llamar?

—Yo, mi querida tía... Conozco tu voz perfectamente... Abre.

—¿Por quién pregunta usted?

—¡Já, jáy, qué famosal...! Por una angelical muchacha que se llama Lydia y por una tía como tú, que me tiene hecho todo requestón.

—Usted se ha equivocado, caballero.

—¡Qué bromista está el tiempo!... ¡Que soy *Cachorro!*...

—Usted es un mastín.

—¡Já, jáy! Pero, ¡qué graciosas estáis, mis dulces monadas!... Vamos, abrir, que hace frío, y estoy expuesto á pillar una pulmonía.

—Aquí no tiene usted que entrar ya para nada; mi sobrina y yo hemos dispuesto que no se vuelva usted á acordar más de nosotras, viejo verde.

—¡Cómo!...

—Como lo oye usted.

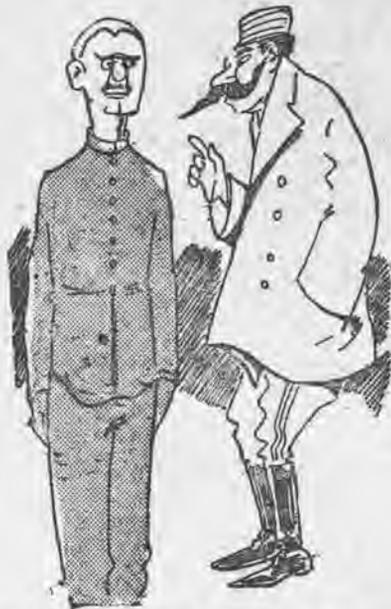
—¡Siga la bromal... Señora tía, dile á Lydia que se ponga en comunicación con *menda*.

—Tía—dijo Lydia en alta voz—, déle usted la morcilla y déjele, que cuando se canse, tomará las de Villadiego.

—Pero, ¿qué es esto?

Se cerró el ventanillo, y *Nice* se quedó en aquel lugar, por espacio de algunos segundos, como el que ve visiones.

—Y ¿qué hago yo ahora?—él mismo se preguntaba, todo azorado—. De noche, sin más destino que el de quedarme en la vía pública; sin domicilio, con un frío de dos mil y pico de demonios; sin haber cenado, y con la *gazaza* que tengo; con sólo treinta y cinco céntimos en el bolsillo. ¡Nícéforo, que te haces un churrol Nalta; está probado que no tengo más remedio que ir á mi verdadera y antigua casa, donde mi paciente esposa; ella ha sido siempre buena, y cuando yo me presente y la pida perdón por esta calaverada que he hecho, no dudo que mi Luz me ha de perdonar... A su lado nunca me ha faltado nada; sí, sí, á la calle de Zurita sin pérdida de momento, y en la vida volveré á hacer el amor á ninguna más que á mi Luz... ¡Oh, mujer de mis entretelas, que abrazo te voy á darte!... Ella seguramente que también me abrazará, después de atizarme un par de *mamporros*... Pero, ¡qué caray!, los merezco...



— ¡A ver, un gato que toda la noche se ha pasado maullando por el patio!
 — Mi capitán, no es gato.
 — Pues, ¿qué es?
 — Es el cabo Floro, que maulla por las noches á la hija del cantinero.



— ¿No sabe usted una cosa? Pues que soy poeta.
 — ¿Es posible? Yo lo único que sabía es que componía usted versos en la imprenta.



— Puedo asegurarle á usted que la mujer soporta más los sufrimientos que los hombres.
 — ¿Es usted médico?
 — No, señora; soy zapatero.



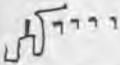
— Qué, ¿hay mucha caza por aquí?
 — ¡Qué! no señor! Aquí, cuando viene mi señor to á matar conejos los tiene que mandar el día antes de los que ería en su casa, porque si i.o...

Galanteo.



—Abríguese usted, que no está para bromas.

—Pero, nija mía, si yo pretendía que me diera usted del fuego que la debe sotrar.



—Oiga usted, pimpolió, tengo un puesto en el Rastro que es pa usted.

—Gracias, espléndido; no me gustan las antigüedades.



—No, pues lo que es por mi parte, en vista de que nos hacen cerrar los domingos, la degravación de los vinos me parece que se va a aguar. Porque en esto, como en todo, cada maestrillo tiene su lebrillo.



—Fero, ¿en qué vas pensando, que parece que no vas conmigo?

—Déjame aunque no sea más que hacerme la ilusión que una vez salgo solo.



—Por fin, conseguimos una victoria.

—¿En qué aguas?

—En la Exposición de Bruselas.

MUJER DE CORAJE



—¡Guardia, guardia, venga usted acá, que voy á comérmelo, ó ya me está usted trayendo guindillas en abundancia para el cocido!

PREGUNTA

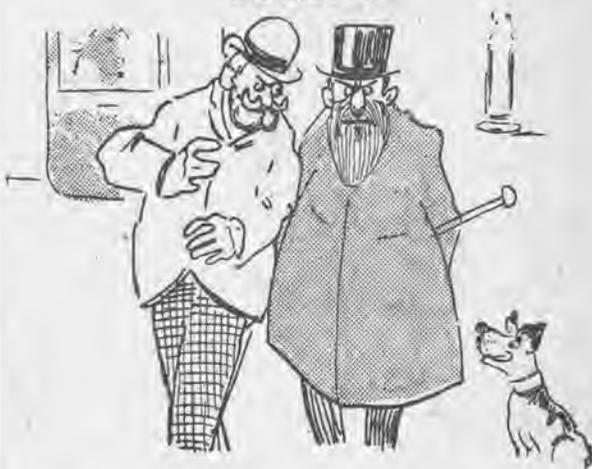


—Nos han dicho que tenemos que estudiar Trigonometría, y nun sé qué es eso.
—Casi nada, hombre. Trigonometría es... el arte de medir el trigo.



—¡Gracias á Dios que vamos á tener un espectáculo sucedáneo de la medicina infantil, porque eso del cinéfluo, con el mareo, hará echar la papilla!

INDIRECTA



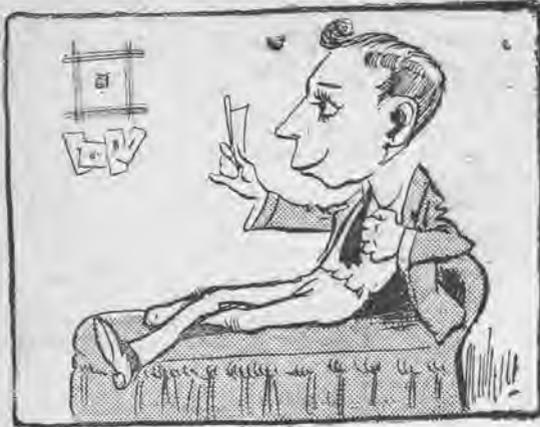
—¡Qué perro más inteligente! ¿A que no sabe usted lo que me quiere decir con esa mirada?
—¡Qué sé yo! Ni es fácil.
—¡Ah, ya lo creo! Pues que ya me ha acompañado usted bastante y tenemos que irnos á cenar.

ENTRE COMPAÑEROS



—Pero, ¿todavía no te han dado capote?
—Es que estoy en el primer curso de olfateo.

¿QUÉ LEEN USTEDES?



La carta de la chica.



La cuenta de la modista.



Un anónimo.



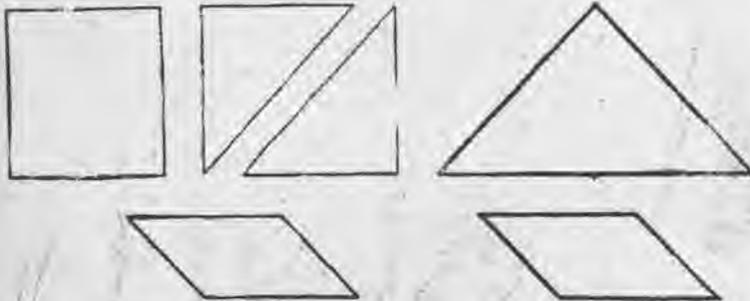
El semanario de moda.

CONCURSO DE NOVIEMBRE (2.ª SERIE)

(SE ADMITEN SOLUCIONES HASTA EL ÚLTIMO DÍA DEL MES)

ROMPECABEZAS GEOMÉTRICO

POR ALFONSO GALIÁN



Recórtense estas seis figuras y fórmense con ellas un cuadrado perfecto.

INCÓGNITA

POR ANTONIO FERNÁNDEZ SANZ

Hallar:

Cuatro letras que, juntas, formen sin repetirse: parte del cuerpo humano.

Tres letras que formen sin repetirse ni repetir las anteriores: animal.

Una letra sin repetir las anteriores: consonante.

Las ocho letras que anteceden: apellido de un político español.

CHARADA

¡Ay, Juana! Si me quisiera mi primero, como en ti su dicha funda mi segunda, entonces... ¡con qué alegría mi todo pronunciaría!

Concurso de chistes de embusteros

Premios: 1.º, **CIENT** pesetas; 2.º, **CINCUENTA** pesetas; 3.º, **VEINTICINCO** pesetas. Infinidad de **CINCO** pesetas. (El día 10 del corriente mes ha quedado cerrada este concurso.)

168.—Cierta día encontráronse dos andaluces que gozaban fama de embusteros, los cuales regresaban de largo viaje; ponderando cuanto habían visto, decía uno de ellos:

—He visto un aparato tan perfeccionado para observar la luna, que atrae hacia sí tanto, que se metió la luna dentro y se pudo contar hasta el número de mosquitos que existen en aquel planeta.

—Nada es eso comparado con el que yo he visto—repuso el otro—. Es un aparato de tal fuerza, que su inventor se puso á mirar la luna, y no sólo se le metió en el aparato, sino que se introdujo en su vista y lo dejó ciego.—*José Camba.*

169.—Refería un individuo en una reunión que en un coche de primera del ferrocarril viajaban una inglesa, acompañada de una galguita, y un caballero, fumador incipiente, al cual no se le caía nunca la pipa de la boca.

La inglesa, molesta por el humo del tabaco, se levantó de su asiento, y, sin decir una palabra al caballero, cogió la pipa que éste tenía en la boca y la arrojó por la ventanilla. El individuo la miró de arriba á abajo, y, valiéndose de la prudencia y en espera de una ocasión con que poder corresponder guardó silencio y comenzó á leer. No hacía cinco minutos que estaba leyendo, cuando la perrita de la inglesa empezó á jugar con sus piernas, y, siguiendo el mismo procedimiento, la agarró por la cola, y, ¡zas!, á la vía.

—Pero lo más raro del caso, señores—añadió el tal sujeto—, es que en la estación inmediata, al llegar el tren, vieron venir á la perrita con la pipa en la boca.—*Fernando Gallo.*

170.—Entre andaluces:

—¡Que le pasa á usted, compare, que está tan pensativo!

—¡Qué me ha de pasar! Que estoy medió loco en pensar que ayer vi á un sastre que estaba haciendo un traje con tela de araña.

—Pues no ha visto usted ná, comparito; yo he visto á otro que zurcía la capa atmosférica.

—Y ¡con qué la costó!

—Pues, muy sencillo—replica el otro—, con una aguja de ternera y con el hilo de la existencia.—*J. M. Santos.*

171.—Entre andaluces:

—Yo—dices uno—he visto un zombro tan grande, que en ér bien poían corré unas ochenta y ziete perzona zin tropesarse denguna.

—¡Anda!—le responde el otro—. Ezo no é ná pa lo que he visto yo. Figurate tú que he visto un hombre tan arto, que debió tardá en zall dar claustro materno unos cuarenta y ziete días, y tan grande ez su cabeza agora, que mide unos veinticuatro kilómetros en recondo.

—¡Cómo tan grande, compare!

—Pues, peazo é bruto, para que le venga su zombro chico.—*Bonifacio Torremocha.*

172.—En una peluquería.

El peluquero está afeitando á un comandante, y

hay mucha gente esperando. Un señor capitán, para entretener á la gente, empieza á referir casos de la última guerra civil carlista, diciendo:

—Señores, á mí me ha pasado una cosa muy extraña: nos hallábamos en un campamento cuando, de improviso, senti un golpe en el pecho; meto la mano en el bolsillo del chaleco, saco una moneda de cinco pesetas que tenía en él, la miro y veo con extrañeza que por en medio se habla ahuecado; entonces comprendí que había recibido un balazo, y que gracias á la moneda, había salvado la vida. Vuelvo á meter la moneda en el bolsillo, y otra bala viene á dar en el mismo lado; saco otra vez la moneda, y observo que ya estaba completamente recta.

El señor comandante, que oyó lo que acababa de referir el capitán, se levantó á medio rasurar, y, dirigiéndose á éste, le dijo:

—Señor capitán, eso no se cuenta; á mí pasó un caso más raro que ese; miren ustedes. Vino una bala y me llevó un riñón; pero vino otra bala contraria, y la trajo al mismo sitio donde antes estaba.—*Ramón Aragón.*

173.—¡Eh?... ¡Qué embuste!... ¡Eh?

—Yo he visto un carrete tan grande, que pá des- enhebrarlo se necesitaba subir á una altura de 80 metros en globo.

—¡Anda, pus eso no es ná pá lo que he visto yo!

—¡Qué has visto tú?

—Pues uno que de una puñalada enterró á otro á una profundidad de 1.100 metros, y para sacarlo se necesitó cavar ochenta años seguidos sin descansar hasta encontrar el cadáver.—*Eduardo de la Llama.*

174.—¡Dejaría pasar!...

—Pero, mira, Sempronio, no compares nunca la cogida del *Sinapismo* con la del *Requesón chico*... Y, si no, vamos á ver: escupe lo que le pasó al *Sinapismo*.

—Escucha. Entraba el toro por varas que era un primor, y al salir de un quite al *Calabacines*, hizo el bicho por *Sinapismo*; lo cogió, lo campaneoó y lo echó por los aires; pero, ¡con qué fuerza no sería, que cuando puso pie en tierra traía cosido el traje y la contestación del telegrama que puso á su familia.

—Pues ahí verás. Al *Requesón chico* lo cogió el toro en San Serenín del Monte; lo mandó á Méjico, donde cumplió una contrata; fué á los baños de Fuente Amarga; presencié la toma de Puerto Arturo; tomó cuatro cañas en la Venta de Eritaña y regresó por igual conducto. ¡Conque ya vest!—*Uno de acá.*

175.—Entre andaluces.

—Yo he visto en Sevilla una mujer con los ojos tan chispeantes, que todo el que la miraba enfermaba de la vista; pero ya ves si sería bonita, que un inglés riquísimo dió por ella veinte millones de pesetas.

—Y ¡qué hicieron con tanto dinero!

—Pues todo se empleó en gafas, y no alcanzó para dar una á cada uno de los individuos que la habían mirado.—*J. Chaparro.*

**NUEVA COLECCION
DE COLMOS**

POR ¡VAYA CARDOI

Consta de cuatro cuadernos, al precio de 10 céntimos uno.

Pídase en todas partes ó en nuestras oficinas.



ALMANAQUE ALEGRE

El más bonito y barato de cuantos se publican.

68 páginas. 60 grabados. Portada á todo color.

30 CÉNTIMOS

GRAN SASTRERIA INGLESA

DE

F. MUÑOZ

Grandes novedades para señora y caballero.

CORTE INGLÉS

Por 20 duros, traje y gabán ricos forros.

Traje señora (gran moda), 12 duros.

Se admiten géneros.

Hechura traje americana, 30 pesetas.

Hechura traje de señora, 30 pesetas.

MUÑOZ



Calle del Caballero de Gracia, 19 y 21, entresuelo.

Licor de brea vegetal

Treinta años de éxito y más de doscientos mil enfermos curados, algunos de una manera prodigiosa, son la mejor prueba para demostrar que el LICOR DE BREA es el que mejor combate los catarros crónicos, toses rebeldes, expectoraciones abundantes, asma, bronquitis y demás afecciones del tubo respiratorio. Preserva de la tisis; es útil en los catarros de la vejiga; purifica la sangre de sus malos humores y tiene una acción tónica sobre todo el organismo, de tal suerte que con su uso se abre el apetito y se engorda.

Enfermos cansados de tomar otras medicinas han recurrido al LICOR DE BREA, y á su benéfico influjo han recuperado el don más precioso de la vida, que es la salud.

En todas las boticas.

MATÍAS LOPEZ

Cafés tostados.

Chocolates y dulces.

MADRID-ESCORIAL

Depósito: Montera, 25.

Conservas

TREVIJANO



Trabajo al alcance de todos.

Se necesitan señoras y caballeros para confiarles trabajo. Pueden ganar de 125 á 150 ptas. mensuales trabajando en su casa por nuestra cuenta ó propia. Artículo de gran consumo, fácil, remunerativo y nunca visto. Escribiendo, se tiene que franquear respuesta. Dirigirse Sdad. Hispano-Americana. Lauria, 87, Barcelona

Automóviles Berliet

STAND NUM. II

Los más elegantes. Los más prácticos. Los que tienen el record del consumo.

Catálogo gratis.

Francisco Lozano, paseo Recoletos, 14, Madrid

Los Polvos de Arroz

PEAU D'ESPAGNE
NUEVA CREACION
DE
E. COUDRAY

PERFUMISTA, 19, Rue d'Enghien, Paris
SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERIAS.



DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUMION, CLOROSIS
CORVALENCIA

ANEMIA
Hémoglobine
Deschiens

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre CURA SIEMPRE. Es muy superior á la carne cruda á los ferruginosos, etc. Da salud, fuerza y hermosura á todos.

VINO, JARABE
Escriban las palabras DESCHIENS, PARIS (France).

Encargado de la venta en Madrid, J. Lerin, Abada, 22.—Grab. de la casa H. Ramvillk.

Director-preletario MANUEL C. CARRANZA
1. Calleja, impresor.—Mendizábal, 6.

Prohibida la reproducción de dibujos y originales literarios.